

Gustavo Baz : Universitario, funcionario y ciudadano ejemplar

Manuel Quijano Narezo

Editor de Revista de la Facultad de Medicina, UNAM.

Se cumplen cien años del nacimiento del Dr. Gustavo Baz en el modesto pueblo de Tlalncpantla, de donde pronto salió para cumplir un destino trascendente y realizar obras personales, profesionales, sociales y políticas que lo convierten en el médico mexicano más importante en el desarrollo de nuestra medicina en el siglo veinte.

Desde la temprana juventud eran ya evidentes las características de su personalidad: verticalidad en la conducta, deseo de superación, percepción de las necesidades sociales, caballerosidad y potestad aunadas a una ausencia de engruimiento o fatuidad. En 1913 cuando la situación política era álgida y difícil de interpretar, dejó los estudios en el tercer año de la carrera y "se fue a la bola" a unirse a las fuerzas de Zapata; llegó a ser General y persona cuyo valimiento, honestidad y criterio eran reconocidos, al grado que se le designó a los 20 años de edad Gobernador del Estado de México, puesto que desempeñó con atingencia por algún tiempo. No obstante, pasado el momento crítico supo sustraerse a la fascinación del poder, el halago y al goce de una gloria merecida o postiza, para retornar a su condición de estudiante de medicina y obtener el título en 1920.

Su vocación fue desde el principio la cirugía y después de viajes de estudio a Estados Unidos y Francia, se dedicó por completo a ella; propios y extraños lo reconocieron como Maestro, fue jefe de servicio en el Hospital Juárez, puntal de varios sanatorios privados, innovador de técnicas quirúrgicas y sobre todo de las rutinas de comportamiento del personal en los hospitales, como el uso de uniforme, prácticas de esterilización y respeto de la conducta aséptica así como del estudio sistemático de los enfermos. Fue por muchos años el cirujano más conocido de México.

Pero debemos recordar sus principales realizaciones. Siendo director de la Escuela de Medicina instituyó el servicio social obligatorio para los pasantes; al enviar a los pasantes por seis meses a una población donde no hubiera un médico, procuraba a la población asistencia profesional, se les iniciaba en la educación para la salud, se promovía la realización de mejoras sanitarias y se incrementaba la información estadística a través de los informes semanarios; al joven médico se le daba la oportunidad de superar su preparación al acostumbrarse a tomar decisiones sin el apoyo del maestro, al estimular su necesidad de estudio, al fortalecer su carácter y se le ampliaban sus miras en cuanto al trabajo futuro, con la posibilidad de ejercer en provincia; esto ocurrió en casi la mitad de los que formaban las primeras generaciones, y lograba así una mejor distribución de profesionales en toda la República.

El Servicio Social se implantó en 1936 y no pasaron muchos años para que, considerado un éxito, el sistema fuera seguido en todas las escuelas de medicina del país y, en la UNAM, en todas las escuelas profesionales y facultades. En la actualidad está incorporado a las leyes reglamentarias federales que se refieren a la educación para la salud y al código sanitario de 1984, después que en 1968 la duración del mismo se extendió a un año.

En 1938 culminaron conflictos políticos, sociales y universitarios que venían gestándose a través de polémicas sobre la libertad de cátedra, leyes que exigían la enseñanza elemental socialista, la inauguración en el IPN de una escuela de medicina rural, actitudes demagógicas que aconsejaban al Presidente de la República al cierre de la Universidad y otras cosas por el estilo. En esa culminación de la crisis fue llamado el Dr. Baz a la rectoría. En escasos dos años restableció la calma, alivió la sumamente

precaria situación financiera de la institución con medidas inauditas como destituir profesores faltistas, elevar la exigencia académica a los estudiantes y una reducción de los salarios del personal académico y no académico aceptada voluntariamente. Pero lo más importante fue convencer al Presidente Cárdenas que era una falacia la supuesta desunión entre el pueblo y la Universidad y la actitud elitista de ésta; la prueba era el servicio social obligatorio y el beneficio que procuraba a la población antes casi olvidada.

Salvó a la Universidad. Cuando en 1940 el Dr. Baz quiso renunciar a la Rectoría por haber sido llamado al gabinete de Avila Camacho, el Consejo Universitario por unanimidad no aceptó la renuncia, le concedió licencia indefinida y lo nombró Doctor Honoris Causa.

En la Secretaría de Asistencia se rodeó de inmediato de arquitectos e ingenieros, cosa inusitada, y se lanzó a un plan nacional de construcción de hospitales. El número de unidades nuevas en toda la República fue de cerca de 250 y, además, construyó los Institutos de Cardiología, Nutrición, Cancerología y el Hospital Infantil. Además concibió la idea del Centro Médico Nacional con seis unidades especializadas de alto nivel e inició su construcción en lo que entonces era el Centro Geográfico del Distrito Federal.

Logró que la Secretaría de Asistencia se fusionara con el Departamento de Salubridad para poder ampliar la capacidad de lucha en favor de la salud con el apoyo de los departamentos de medicina preventiva, de elaboración y aplicación de vacunas, obras de ingeniería sanitaria y conceptos epidemiológicos modernos.

Pero se dio cuenta que todas esas acciones tenían que acompañarse de una renovación en la capacidad profesional de los trabajadores de la salud, justo en los momentos en que se percibía un cambio en los conceptos básicos de la práctica médica: se abandonaba la actitud romántica, de ojo clínico, de empirismo superficial, para dar entrada a la medicina científica, fundada en premisas fisiológicas, exigente de pruebas objetivas, que incorporaba la estadística y los valores numéricos en sus mediciones; es más, una medicina que ahora tenía una proyección social ineludible.

Baz concibió entonces el plan de becas al extranjero, no muy munificentes pero sí muy oportunas. Se beneficiaron así aproximadamente 450 personas, 300 médicos y el resto repartido entre enfermeras,

químicos, ingenieros y técnicos. Se aprovechaba la coincidencia de que en Estados Unidos había carencia de esos trabajadores pues la mayor parte estaban en el ejército por la guerra. Los jóvenes que iban a Estados Unidos vivían una práctica médica hospitalaria y unos métodos de enseñanza muy diferentes a los que habían conocido aquí, dominados como estábamos por la influencia francesa de grandes "patrones", de una distancia muy grande entre profesor y alumno y del "magister dixit". La inyección de sangre nueva y juvenil en el momento propicio fue un golpe maestro que permitió un óptimo desarrollo de los hospitales (que habían tenido también la oportunidad de equiparse adecuadamente, otro aspecto en que la guerra favoreció) y de los institutos que, dirigidos por personas idóneas como Chávez, Zubirán, Federico Gómez, pudieron crecer y fructificar.

Una palabra más a propósito de la labor de Baz en la educación médica. Conocedor de la obra de Billroth el cirujano de Viena que en el siglo XIX inició el sistema de residencias para la formación de especialistas que, luego de adiestramiento sistemático y estricto por varios años eran llamados a ocupar puestos de profesores en otros hospitales y universidades (sistema que habían copiado con éxito en Estados Unidos, Halsted y Osler), instauró las residencias en el Hospital General, de un año de duración con rotación más o menos voluntariamente seleccionada, sistema que continúa hasta ahora con excelentes resultados en muchos hospitales de la República, en todas las especialidades y hasta con cuatro o cinco años de duración.

Por todo lo que se ha dicho no puede parecer exagerado considerar a Gustavo Baz el médico cuya obra es la más importante en México en el siglo XX. Personalmente ejerció la cirugía con entera vocación y entrega; amaba verdaderamente su oficio, lo hacía muy bien y le encantaba enseñar. Fue llamado maestro por todo el gremio, fueran sus alumnos o no, y se le respetaba como profesional y como ser humano. Moderado y frugal por naturaleza, a pesar de sus puestos y sus logros, no cayó nunca la intransigencia puritana ni en la crítica; permitió vivir y prosperar a los demás, reconoció sin envidia los méritos ajenos e hizo valer sus cualidades de hombría de bien sobre las exigencias materialistas. Nunca obstruyó, estimuló; y creo que, al final de su larga vida, retirado de la cirugía y la política, que siempre le fascinó, era un hombre feliz, satisfecho por considerar bien cumplida su misión y ver que familiares, amigos y simples conocidos justipreciaban su actuación.